

**Sr. Hu**

**Antonio de Orbe**

- Entonces, estamos de acuerdo, señor Watson, quiero decir señor Hu. Disculpe, pero no consigo acostumbrarme a su nombre chino. No diré nada de su existencia. Nadie sabrá por mí que está usted aquí. Es una lástima porque la información es de sumo interés y sería fantástico que pudiera usted acompañarme a América, pero comprendo su punto de vista. La ética y la intimidad son sagradas para un periodista.

- Gracias señor Harris. Aquí llevo una vida muy tranquila y la publicación de su entrevista supondría un cambio radical en mi vida. Un cambio que no deseo. ¡Ah! y no se olvide de mandarme una gorra de los Yankees.

- No me olvidaré señor Hu. Y espero que la cosecha de arroz sea tan buena como usted pronostica.

El periodista Harris apretó firmemente mi mano tendida y se volvió pesadamente para salir de la choza mientras el asistente, señor Cheng, le ayudaba a recoger sus cosas. Me pregunté si podría confiar en la discreción de un periodista. Seguramente no. Afuera seguía lloviendo. El monzón había llegado con puntualidad y el agua caía sin descanso desde hacía un mes inundando la selva y embarrando los caminos. El calor y la humedad hacían difícil incluso respirar para alguien que no estuviera acostumbrado. Harris lo había pasado mal durante la entrevista. Sus ciento veinte kilos no le ayudaban y constantemente había estado pasando el pañuelo por su sudorosa frente. Reflexioné sobre lo que me había contado. Un torrente de perturbadora información, el protagonista de la cual era yo, Ming Hu o John Watson, según Harris me había llamado.

- Deje que me presente, -había comenzado junto a dos tazas de té-, soy William Harris, periodista de USA News. Entiende usted el inglés, ¿no?

- Si, desde luego. Incluso en esta remota aldea birmana, todos hemos aprendido inglés, aunque mi idioma materno es el chino.

- Su inglés es excelente, sin acento chino.

- Me esforzado durante años. La tecnología me ha ayudado mucho.

- ¿Sabe usted por qué le entrevisto?

- No tengo idea.

- Convendrá conmigo en que es extraño encontrar a un occidental en el corazón del oriente asiático.

- No soy occidental, soy chino.

- Pero sus rasgos son occidentales. ¿Cómo lo explica?

- Yo era un bebé cuando me adoptaron. Mis padres biológicos murieron en un accidente. Mis padres, el señor y la señora Hu han sido muy buenos conmigo.

- Es una tierna historia, lástima que no tenga mucho de cierta.

- ¿Sabe usted la verdad?

Harris sonrió conocedor de jugar con ventaja. Introdujo su mano en la chaqueta y sacando un foto me la mostró. - ¿Quién cree que es?

- Soy yo, pero no me explico quien ha podido hacerme esta foto, con estas ropas. - dije. La foto en efecto mostraba a un individuo de unos cincuenta años idéntico a mi, vestido de occidental.

- No es usted señor Hu. Esta foto tiene cinco décadas. Es de 2011. Está tomada cuando usted no había nacido aún.

- Pero es igual que yo.

- En efecto señor Hu o... Señor Watson. Déjeme que le explique.

Harris se repantigó en la mecedora de mimbre antes de comenzar su narración. En todo momento, durante la misma, me observaba con detenimiento para saber el efecto que sus palabras causaban en mí. Demoledoras palabras que cambiaban el sentido de mi vida por completo. Yo no era yo. Yo era otro.

La ciencia había avanzado mucho en los años en los que comienza su historia, empezó Harris. El mundo era distinto a como lo conocemos ahora, pero muchas de las cosas que hoy son normales ya se habían inventado entonces. Por ejemplo la ingeniería genética. Tampoco el mundo político era totalmente distinto. Entonces no se disputaban el liderazgo del mundo China e India como ahora, aunque el auge de las dos potencias era evidente. La hoy desmoralizada USA era en aquellos años el primer país.

- ¿Y Europa?

- Me toma el pelo, Señor Hu? - La cara de Harris era más de

guasa que de sorpresa - Europa no tiene relevancia política desde el final de las guerras mundiales. Hace más de cien años de eso.

El mundo estaba lejos de ser un lugar ordenado y apacible, prosiguió Harris. América luchaba en medio de un gran desconcierto contra los que llamaba países gamberros. Con una poderosa tecnología al alcance de casi todo el mundo, estos países podían poner en aprietos a los mismísimos EE.UU. Con armamento nuclear, por ejemplo. Pero si llegaba el momento, América bombardeaba sin complejos cualquier instalación o país que pudiera inquietarle. Aunque en nuestro caso el asunto fue más sutil. No se utilizó tecnología nuclear, sino genética.

Afuera había vuelto a llover con fiereza. Una cortina de agua apenas permitía ver los edificios situados en el otro extremo de la plaza. La gran choza pública en la que estábamos no tenía paredes y la lluvia llegaba a salpicar nuestros pies. La primera parte de la charla del señor Harris no me había impresionado. Era una exposición histórica que podía consultarse en cualquier enciclopedia. Pero lo grueso estaba por llegar.

La ingeniería genética ya permitía la fabricación de clones, prosiguió Harris. En el caso de los humanos, una autorregulación ética impedía la clonación reproductiva. Pero ya sabe usted cómo es la ética si hay dinero por medio. Las organizaciones criminales ampliaban sus objetivos y sus campos de acción. Una de estas mafias, decidió entrar en el mundo de la tecnobiología y fundó una empresa, Clona, con el indisimulado fin de replicar seres humanos. No le costó reclutar científicos por todo el mundo que sirvieran a sus fines. Hombres resentidos con sus empresas y sus gobiernos que podían proporcionar los conocimientos técnicos necesarios. Las actividades de Clona fueron detectadas y perseguidas por los países occidentales y ésta tuvo que buscar un sitio clandestino donde operar. Eligió un lugar de Vietnam, a escasos 800 km de aquí. Pronto los científicos pusieron a punto los mecanismos de la clonación reproductiva. Pero como puede suponer, una organización mafiosa no se basa sólo en científicos y en el conocimiento. Vive para fines criminales. El poderío de Clona está aún por explicar. No sólo el laboratorio de Vietnam era caro, sino que el plan de extorsión era muy ambicioso. Aunque bien pensado no era

para tanto. Apenas era necesaria una muestra de las mucosas de un hombre para reproducirlo. Y eso hicieron. Introdujeron agentes en las residencias de los principales líderes mundiales. Recogieron muestras de sus mucosas que contenían material genético y las enviaron a Vietnam donde los científicos las clonaron. Después comenzó la extorsión. Sencillo, ¿no?

Harris estaba satisfecho de exponer unos hechos de los que era un experto. Apuró el té de su taza y miró al exterior. Afuera el diluvio continuaba sin tregua. En uno de los edificios próximos, el asistente, señor Cheng, esperaba paciente el final de la entrevista. A pesar de todo, continuó el periodista, los resultados no fueron completos aunque sí significativos. De todos los líderes objetivo de Clona, esta, tras muchos intentos y embriones desechados, solo había conseguido duplicar a tres. Pero vaya tres. El presidente de los EE.UU., el de Rusia y el Papa. La iglesia, desbordada por problemas morales no salió de su indecisión. La clonación es contraria a Dios así como la muerte de seres vivos. Recemos al Señor para que nos ayude, decían dispuestos a pagar las cuantiosas sumas que Clona demandaba. En cuanto al líder ruso, con un país en pleno proceso de hundimiento político y económico, se limitó a despreciar la amenaza y mostrar su apoyo al presidente americano. Que me enseñen a mi gemelo, parece que decía el presidente ruso. Seguro que es tan rico como yo de pequeño, manifestaba jocoso.

El presidente de EE.UU. no toleró la extorsión. Al fin y al cabo los americanos tenían una larga experiencia en Vietnam. Localizaron las instalaciones de Clona, mandaron un equipo de investigación y, cuando obtuvieron sus conclusiones, bombardearon Clona sin piedad hasta su completa destrucción. Después el equipo verificó la aniquilación. De todos modos, la amenaza política y moral había sido demasiado grave y el presidente impulsó el Convenio de Yakarta, ratificado por todos los países del mundo por el que se prohibía la clonación de seres humanos. Este convenio fue seguido por el de Limitación Nuclear y otros varios que impulsó el dinámico presidente americano y que configuraron el mundo tal y como lo conocemos hoy.

- Comprendo, pero no se que tiene que ver todo eso conmigo,

Señor Harris.

Harris disfrutaba de su papel. En sus ojos se veía que el momento clave de su narración se estaba acercando. El equipo de verificación, continuó el periodista, llegó hasta los restos de Clona y descubrió que los clones habían salido de las instalaciones antes del ataque. Persiguió a los bebés por la selva hasta localizar al ruso y al vaticano y los mató allí mismo. Sin embargo, el americano nunca fue encontrado.

- El clon del mejor presidente americano de las últimas cinco décadas, - dijo Harris recogiendo mi fotografía de la mesa y agitándola en el aire - el clon del presidente John Watson, es usted señor Hu.

Harris calló esperando mi reacción. Pero pronto la inquietud volvió a su opulento cuerpo. No era un buen periodista y prefería hablar a escuchar. Y aún le quedaban cosas que contar. Por otra parte, yo no tenía nada que decir. No tenía nada que decir a William Harris. De modo que le invité a seguir hablando.

- Y todo esto, ¿es público? Y si no es así, ¿cómo lo sabe usted?

La lluvia había amainado y las nubes atravesaban deprisa el cielo. Durante un instante, en un claro, se divisaron las altas cumbres de las estribaciones del Himalaya que circundaban la aldea. Harris, sin embargo, no prestaba atención a aquellas menudencias, excitado como estaba. Nada de esto se hizo público, dijo secándose el sudor de la frente. Nada trascendió. Naturalmente los periódicos hablaron de ello, pero no tuvieron detalles ni certezas que ofrecer. Pronto el asunto se olvidó. Excepto para algunos. Yo he tenido acceso privilegiado a documentos de estado. En ellos se describen los detalles de la extorsión y el bombardeo. También el sacrificio de los clones en la selva y la desaparición del clon de John Watson. He entregado años de mi vida buscándole, señor Hu. Todas las pistas acababan en Vietnam. Cualquier cosa hubiera podido sucederle. Hasta que un día tuve noticia de Kurtz. ¿Conoce usted a Kurtz?

- Nunca he oído hablar de él.

- Kurtz, un personaje enigmático. Alemán. Los documentos consultados apenas hacen referencia a él. Era un aventurero, un buscador de fortuna. Trabajó un tiempo para el gobierno americano,

pero luego se hizo agente indio. Como es lógico, no he tenido acceso a la información del gobierno indio. Seguí sus escasas pistas como pude. Partió de la India hacia el norte hasta la frontera birmana. Como usted debe saber, a escasos km de aquí confluyen la frontera india, china y birmana.

- El monte Hkakabo Razi hace frontera con los tres países. Con buen tiempo se divisa desde aquí.

- Pensando y pensando llegué a la conclusión de que usted no había muerto y que debía estar no muy lejos de las antiguas instalaciones de Clona. Si por otra parte, Kurtz había partido de la India, Birmania era un país lógico para encontrarle. - Harris se recostó visiblemente satisfecho de sí mismo.- Llevo dos años en Birmania. El trabajo ha sido duro, pero al fin obtuve la recompensa.

- Y el tal Kurtz, ¿qué fue de él?

- Se cuentan muchas cosas acerca suyo. Dicen que llegó hasta aquí y que habló con usted. Después, en el camino de regreso murió. Probablemente asesinado. ¿Es eso cierto? ¿Conoció usted a Kurtz?

- Nunca he visto al señor Kurtz. Ningún occidental ha venido a la aldea. Tan solo algunas visitas virtuales.

- Bien, señor Hu, ahora ya lo sabe todo sobre su origen. ¿Qué piensa hacer ahora?

- El monzón ha venido puntual. La cosecha de arroz será excelente. También hemos organizado un grupo de teatro. Nunca creí que me fuera a gustar tanto. Y aunque no nos hemos casado, la señorita Qi consiente en que nos veamos con regularidad. Como ve, tengo muchos proyectos.

- No quiero ofenderle señor Hu. Su aldea es maravillosa, pero no puede permanecer usted como si nada hubiera pasado. Hace años que China e India tienen la supremacía comercial y económica. Ahora reclaman sus derechos como primeras potencias. En el plano político, bélico y cultural, en el ordenamiento del mundo e incluso en el de los usos y costumbres. La posición de EE.UU. es importante. Depende del aliado que elijamos, China o India, así irá el mundo. Pero América está desorientada. Necesita un líder carismático. El último gran presidente fue John Watson. Desde entonces vamos de capa caída. El pueblo americano necesita creer en algo. Usted puede ser su nuevo líder. Alguien que les guíe en estos difíciles años. Por supuesto, nunca

alcanzaremos a China o la India, pero al menos mantendremos la dignidad.

- Pero yo soy birmano. Hablo chino.

- A nadie le importará un ligero acento. Podemos construir su historia en unas semanas. El pueblo le seguirá adonde quiera llevarles.

- ¿Es un ofrecimiento formal de su gobierno?

- No, es una idea mía. Comprenda que si llego a América de la mano del futuro presidente, mi situación personal será inmejorable.

- Cualquiera puede reconstruir mi historia y poner en duda mis propósitos. No podría convencer a la gente.

- Es posible que una parte de la élite pensante esté en su contra, pero el pueblo llano le acompañará, no lo dude. Bien, ¿qué me dice?

- Entreno al equipo de béisbol local. Este año disputamos la liga provincial. Va a ser muy emocionante. Por nada del mundo me lo perdería. Ya ve, tan lejos de su país y tan aficionados al béisbol. ¿De que equipo es usted?

- De los Yankees.

- Me haría feliz si me mandara una gorra de los Yankees. ¿Podrá?

- Desde luego, será un placer. Debo decirle que me decepciona usted señor Hu. El presidente Watson era un hombre lleno de vitalidad y ambiciones. Usted tiene sus mismos genes. Esperaba que se comportara de otra forma. Prométame al menos que lo pensará. - La decepción de Harris se reflejaba en su rostro, aunque en el fondo era impostada. Harris ya había tomado su decisión. No había pasado media vida buscándome para después de encontrarme darse por vencido con mis palabras.

- Soy ambicioso, ya le he dicho que soy entrenador de béisbol y también le he mencionado algunos proyectos personales.

- Ya veo. En fin, ¿es eso todo?

- Hay algo más. Si usted publica su entrevista, esto se llenará de periodistas y gente extraña. Ya le he dicho que deseo una existencia tranquila para mí y para los míos. Le pido que no hable de esto.

- Comprendo señor Hu. Así lo haré.

- El asistente, señor Cheng le acompañará hasta su coche. No sé como va a salir de aquí. Los caminos estarán totalmente embarrados.

- No se preocupe, llevo un vehículo tipo perdiz. Es capaz de



volar unos kilómetros. Si encuentro alguna dificultad, la saltaré volando. Adiós señor Hu.

- Adiós señor Harris.

Seguí con la mirada al periodista acompañado del fiel señor Cheng. En ese momento apareció un muchacho que había estado esperando a que me quedara solo. Traía consigo una carta de Kurtz que me entregó y luego desapareció. Es sorprendente como en este mundo de avances y tecnología, la única comunicación de la que puedes fiarte, la única confidencial es el correo tradicional. Guardé la carta al tiempo en que el señor Cheng volvía.

- ¿Ha estado transmitiendo?- pregunté.

- Lo ha intentado. Lleva un transmisor micronizado. Hemos emulado a su servidor haciéndole creer que enviaba datos sin permitirselo. De todos modos lleva la información consigo. ¿Cree que la publicará a pesar de lo que ha prometido?

- No le quepa duda.

- ¿Qué vamos a hacer con él?

Miré al señor Cheng. Luego miré a mi alrededor. Había dejado de llover. Ahora se veía bien la pequeña aldea rodeada de selva y cultivos. Cincuenta años llevaba allí. Cincuenta interminables años esperando un momento que por fin llegaba. No podía soportar el tedio de la minúscula aldea un solo día más. Mi misión estaba a punto de comenzar. Presidente de EE.UU. Para mayor gloria de América. Y de mis mentores chinos que habían corrido con todos los gastos de formación y mantenimiento durante todo este tiempo. América apoyando a China. Ellos creían que cambiaría el mundo. El propio presidente chino Jia Guang me había llamado dos días atrás. Lo suyo está listo, señor Hu. Es cosa de unos días.

- ¿Acabamos con él como con Kurtz y los otros?

Mi cabeza volvió a ocuparse del periodista- No. Le dejaremos ir. Dentro de unos días su relato saltará a primera página de todos los informativos de América. Muchos americanos son permeables a los intereses chinos. Entre ellos el director de USA News, un colaborador leal. Harris no ha llegado aquí por casualidad. Tampoco por sus propios medios. Le hemos ayudado. Es un peón más de la partida.

- Entiendo.
- Yo también me voy, señor Cheng. ¿Puede usted mandar a recoger mis cosas? Parto esta misma noche.
- Le echaremos de menos señor Hu.
- Señor Watson, soy el señor Watson. Yo también os echaré de menos. Gracias por servirme todos estos años, mi fiel Cheng.

Nos fundimos en un sincero abrazo. Ardía en deseos de marcharme, pero a pesar de todo, cincuenta años de vínculos personales son difíciles de romper. Pensé en el pasado y en el futuro. Bien distintos eran. Un pasado de limitaciones y preparación. Un futuro de poder y acción.

El señor Cheng se marchó y por fin pude leer la carta de Kurtz. El bueno de Kurtz. No había muerto como creía el señor Cheng. Destruimos su vehículo y simulamos su muerte. Desde nuestra entrevista residía en la India, a una treintena de kilómetros de la aldea. Nuestra comunicación por carta había sido constante. En su misiva me informaba de que los intereses indios en América estaban avisados esperando apoyarme. El gobierno indio sabía que yo era su oportunidad para que India superara a China. No iba a ser un títere de los chinos que por otra parte no podían asegurar mi elección. Una sola carta era demasiado poco. Necesitaba jugar a dos cartas. América apoyando a India. Los indios creían que sería definitivo. El propio presidente, Nagesh Khandelwal había llamado impaciente al alemán la noche anterior. Respondí con brevedad a Kurtz asegurándole que todo estaba dispuesto. Apenas cerré el sobre apareció, sigiloso, el muchacho mensajero. Cuando el señor Cheng regresó, el muchacho ya se había ido. El cielo se oscureció y comenzó a llover de nuevo. Pesada e insistentemente. La cosecha de arroz sería buena este año. Muy buena. Pero yo no estaría allí para verla.

*Madrid, veinticuatro de mayo de 2005*